

El cordón umbilical de Segovia

JOSE ANTONIO ABELLA

ESCRIBIR panegíricos al Acueducto es la cosa más fácil del mundo. Defenderlo, parece que ya no es tanto. Recurrir a los tópicos, a las imágenes sublimes, a los amores patrios y a los localismos cerriles también es fácil. Dejar la piel en las esquinas de los tópicos, en la asfíxia de lo sublime, en las miserias de la tierra propia y en la defensa de cuanto ésta tiene de universal es ya una tarea más ardua e ingrata. Sirvan estas palabras para desnudar a las que vienen a continuación, para despojarlas del celofán retórico que pudiera envolverlas y procurar ver en ellas el hueso de su contenido.

El Acueducto es el cordón umbilical de Segovia, puente que trajo hasta su pelada roca el agua de la vida. Con la venia de Ramón Gómez de la Serna, no es un arco de triunfo ni un peine para los ejércitos (aunque sí lo fuera para las hordas automovilísticas, que no es precisamente a las que don Ramón se refería). Entre la hipérbole desmedida y la realidad enferma del Acueducto hay un largo camino de olvidos y dejaciones, más hipócritas estas últimas por estar revestidas de tanta palabrería amorosa y hueca. «No me queráis tanto y queredme mejor», podría decir la boca de cada

arco con una frase hecha a la medida. Entre lo trascendente y lo contingente hay la misma diferencia que entre lo necesario y lo superfluo. Por eso me resulta verdaderamente penoso oír hablar del Acueducto como si de un desfile de arcos triunfales se tratara, como si fuera poco más que una peineta para la ciudad o un telón de fondo para las fotos de los turistas. Esta concepción del monumento es la que hace olvidar a tanta gente que el Acueducto no nace en la plaza de Díaz Sanz ni muere en el Póstigo del Consuelo. Esta concepción es la que hace que las autoridades competentes no parezcan dar mayor importancia al hormigonado de su cadera que al de una alcantarilla prefabricada. Cuando amigos de otras tierras vienen a conocer esta ciudad, se quedan tan impresionados por los arcos del Azoguejo como por el ingenio sencillo y eficaz de los desarenadores. Ciertamente que llevarlos a ver los desarenadores es un verdadero riesgo de quedar abochornado ante la basura que tantas veces se acumula junto a la reja de sus puertas. Pero si impresionados quedan con esta visita, no menos admiración les produce enterarse de que esas casas románicas de las Canonjías, por ejemplo, gracias al canal del Acueducto y a sus múltiples rami-

ficaciones contaban con agua corriente ya en los albores del siglo XIII.

Pero el Acueducto no sólo es el cordón umbilical de Segovia. También es su columna vertebral, un verdadero hilo de Ariadna para la comprensión de esta ciudad. Ahora que, levantados los adoquines de tantas calles, han podido descubrirse muchos tramos del canal que llevaba el agua hasta el Alcázar, resulta más penoso, si cabe, el olvido que la Segovia de hoy muestra hacia sus orígenes (o el olvido disfrazado con cánticos y loas de su historia, que viene a ser la misma o peor cosa, como antes apuntaba). Si el casco antiguo fuera peatonal —que parece que nunca va a serlo, para sorpresa y conmiseración de toda cabeza medianamente civilizada que nos visita—, no sería una entelequia señalar en el pavimento ese hilo de Ariadna que prolonga la *Puente Seca*, como los do-

cumentos antiguos gustaban de llamarla, hasta las puertas del Alcázar, dejando al descubierto sus tramos más notables como una lección inigualable de ingeniería e historia. El canal descubierto en la plaza debe ser sólo un aperitivo. ¿Alguien sabe lo que esconde la plaza de las Arquetas,

o el emplazamiento del *Castellum Aquae*? ¡Qué magnífico recorrido turístico sería! No habría agencia de viajes que no lo incluyera entre sus perlas ni hostelero segoviano que no se beneficiara de la inteligencia de sus ancestros.

Para solucionar los problemas de Segovia hace falta la misma dosis de prudencia que de imaginación. Pero la miopía es la ley.

Y la ignorancia su brazo ejecutor. Si bajo los adoquines de París estaban las arenas de la playa, bajo los de Segovia está el agua de su pasado, que acaso sea, no lo olvidemos, la única fuente de su futuro.

«El Acueducto no sólo es el cordón umbilical de Segovia. También es su columna vertebral

”